

El Guipuzcoano

AÑO VIII. DIARIO LIBERAL REFORMISTA, ÓRGANO DEL PARTIDO EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS. NÚM. 410.

PRECIOS DE SUSCRICION.

SAN SEBASTIAN: trimestre, 4 pesetas.—PROVINCIA: trimestre, 4 pesetas.—EXTRANJERO Y ULTRAMAR: un año, 94 pesetas.
Las suscripciones hechas por los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.—Número suelto 5 céntimos.—Número atrasado 10 céntimos.—En el extranjero, 0'15 céntimos.—Los pagos se harán precisamente en sellos de franqueo ó libranzas del Giro mutuo.

Redaccion: Avenida de la Libertad, 8, principal.
TELEFONO NÚM. 23.

San Sebastian: Miércoles 23 de Enero de 1890.

PRECIOS DE INSERCIÓN.

En 1.ª plana, 1 peseta línea.—En 2.ª id., 0,20 id.—En 3.ª id., 0,10 id.—Reclamos, 0,25 id.—Comunicados de 1 a 25 pesetas línea.
PUNTOS DE SUSCRICION: En la Administración, Avenida de la Libertad, 8.—En Madrid, Carrera de San Jerónimo, 2, librería.—Extranjero: Agencia de SAavedra y C.ª, 55, Rue Talbot, 55, París.—La correspondencia á la Dirección.

LA SOLUCION DE LA CRISIS.

La carencia de detalles imprescindibles para formar juicio exacto de la solución que ha tenido la crisis ministerial, nos escusa de escribir sobre el asunto.

Se advierten en dicha solución tales anomalías y misterios, que sería arriesgado dejarse arrebatar por las impresiones del primer momento antes de conocer la misteriosa trama que, sin duda alguna, ha existido en la labor efectuada para que el Sr. Sagasta vuelva al Gobierno, contra la aspiración unánime del país, harto de sangrientas burlas, y más afligido cada vez por los desmanes de los que todo lo subyugan á sus concupiscencias.

Optamos por hacer nuestras las palabras de *El Diario Español*, nuestro querido ó ilustrado colega, hasta que sean conocidos con extensión los detalles necesarios para robustecer las dudas que nacen ante el inesperado término de la crisis.

«La Reina deseaba la conciliación, y la conciliación no se ha hecho; el tiempo descubrirá—dice nuestro colega—hasta en sus secretos más ocultos, lo que ha ocurrido en esta penosa y accidentada labor, emprendida primero por el Sr. Sagasta, y luego por el Sr. Alonso Martínez; el tiempo, que es en todo gran maestro, por las enseñanzas que faci ita y las experiencias que dá, se encargará de decir lo que para nosotros es un secreto que ocultan los velos de una intriga no manifiesta aún en esta superficie revuelta y agitada.

El tiempo descubrirá mucho en cuanto á conductas y actitudes, que en esta ocasión se han manifestado bien singulares y extrañas con motivo de los trabajos del Sr. Alonso Martínez, y se descubrirá de qué lado flaquearon los ánimos para llegar á un éxito lisonjero; porque es bien extraño y singular que aceptado por un personaje el compromiso de honor de ser ministro, se arrepintiera á las doce horas y negara en absoluto su concurso al señor Alonso Martínez, á pretexto no sabemos de qué puerilidades periodísticas, como si los trabajos periodísticos tuvieran carácter oficial y autorizado.

El tiempo descubrirá cuáles han sido los móviles del Sr. Sagasta y sus consejos al Sr. Puigcerver antes de celebrar su entrevista con el Sr. Maura, y los tiempos y la *Gaceta* nos hablarán el lenguaje que á nosotros nos está prohibido, para que no se crea que sentimos el acicate del despecho. No, nosotros no sentimos animadversión contra nadie ni tampoco pasiones ni rencores contra personalidad alguna, y como derivación de lo ocurrido nos basta para nuestra tranquilidad el haber cumplido con los deberes de nuestra conciencia.

Pero salta á la vista y por encima de todo una cuestión que no debemos abandonar, sin hacer de ella crítica racional y prudente; que en alguien ha de estar la prudencia en estos casos y en las presentes circunstancias.

Apenas el señor Alonso Martínez resignó sus poderes, despues de varias conferencias, la más larga con el señor Sagasta, éste fué llamado á Palacio para encargarse la formación de nuevo Gobierno. Nos parecía y nos parece lógica la solución del fracaso sufrido por el señor Sagasta y del fracaso preparado al señor Alonso Martínez para realizar la concentración de fuerzas liberales; pero nos hace pensar, que apenas el señor Sagasta obtiene los poderes, con el primero que cuenta para ser ministro es con el señor Puigcerver. ¿No dice esto nada?

¿Y no dice nada que el señor Sagasta intente de nuevo la conciliación con los señores Gamazo y Lopez Dominguez para hacer ministros á los señores Maura y Barandere Reina? ¿Qué intriga es esta?

Ayer los que no pudieron llegar á un acuerdo, están dispuestos á transigir hoy. ¿Qué misterioso conjuro alienta estos trabajos que más parecen de conspiradores que de hombres serios y leales?

Y lo decimos con lealtad y con franqueza: en presencia de los sucesos que se están desarrollando y que se desarrollarán en el Parlamento, casi nos atreveríamos á asegurar que estas Cortes, por culpa de la mayoría, concluirán como los funerales de Alejandro.

Y para ello no hay más que fijarse en lo sucedido. Dignamente, no pueden seguir prestando su apoyo al Gobierno los señores Alonso Martínez y Gamazo, ni tampoco el general Lopez Dominguez; éste, menos que ningún otro, y como una protesta contra la versión insidiosa de los sagastinos, de que el nuevo ministro de la Guerra ascendería á príncipe de la milicia al que fué jefe del partido reformista.

EN FAVOR DE LOS POBRES.

La campaña emprendida por *La Libertad* y *El Guipuzcoano* para que el Ayuntamiento y la Diputación provin al cumplimiento de sus deberes incluídos, acudiendo al socorro de la clase obrera, ha excitado el sistema nervioso de los liberticidas hasta el punto de que se han creído haberse obligados á defender la incuria de aquellas Corporaciones que los remedios que demandan las necesidades de los infelices obreros.

La soberbia impudic á los liberticidas seguir la conducta de *La Libertad* y *El Guipuzcoano*, ha dicho aquél, y añadió:

«A no estar tocados (los liberticidas) de esa mala pasión, hubieran advertido que su papel, en la ocasión presente, y que habían llegado tarde, como los guardias valonas, debiera haberse reducido á secundar nuestra iniciativa, que es lo que, en suma, han hecho, mal que les pese.»

No titubaron los sectarios del caciquismo en apelar á la falsedad, para hacer ver que los obreros no necesitaban de los socorros del Ayuntamiento y la Diputación. Afirmaron que en la lista de las personas fallecidas no había ningún obrero, «Esto es inexacto—contesta *La Libertad*.—De los 27 varones que comprende la lista, 3 eran menores, 10 personas de buena posición, y los 14 restantes obreros; á saber: 4 labradores, 2 jornaleros, 2 pescadores, 2 peones, 2 carabineros retirados, 1 fajero y 1 carpintero

Demostrada la falsedad del argumento que han invocado los liberticidas para sostener que las clases trabajadoras no deben ser socorridas por el Ayuntamiento, que las aplasta á fuerza de bárbaros tributos, veamos qué más exponen en apoyo de su inhumana tesis

Pues dicen que en Manteo se dispusieron las cosas para recibir 109 atacados, y que solo hay seis camas ocupadas con casos de trancazo. ¿Y qué? Conocida es de todo el mundo la repulsión que á los obreros inspira el hospital. Muchos consienten morir en sus pobres viviendas, á buscar la salvación en los que creen antros de la caridad oficial. Se dirá que padecen un prejuicio. No lo discutiremos. Pero es un hecho innegable. El trabajador solo va al hospital en último extremo y á la fuerza, aun en los casos de enfermedad grave. Mal había de ir á curarse el trancazo, dolencia de tratamiento fácil, que se ha tomado á broma, pero temible por sus complicaciones y por el carácter gravísimo que ofrecen las recaídas. Así, pues, los obreros han pasado en sus casas la enfermedad, agotando sus recursos y recurriendo al crédito, como de ello pueden testificar los dueños de talleres. Y luego, ya convalecientes, cuando corrían verdadero peligro y necesitaban esa cara medicina que se llama buena alimentación, han tenido que volver prematuramente al trabajo, exhaustos de recursos y con deudas, viéndose obligados muchos de ellos á optar por uno de los términos de este pavoroso dilema: el hambre ó el peligro de muerte.»

No tenemos que añadir nada á estas convincentes razones.

Lo que sí tenemos que añadir es que á pesar de nuestras excitaciones, y no obstante del clamor que se advierte entre el público, profundamente disgustado de la conducta del Ayuntamiento y de la Diputación, que han dejado de auxiliar á la clase obrera en las tristes circunstancias por que atravesamos, estas corporaciones continúan en su punible é irritante abandono, alardeando soberbiamente del desdén con que oyen las reclamaciones justas, originadas en sentimientos humanitarios que deben ser oídas por la caridad oficial.

Conste así, para que se sepa lo que puede esperarse de tales corporaciones.

UN DIA DE VIDA ES VIDA

Varias veces hemos manifestado que entre los servicios que la causa reformista ha prestado á este país, está el de haber acabado con la funesta política del ministerialismo con todos los ministerios, que con grave perjuicio de la dignidad euskara y sin otro beneficio que la protección al caciquismo, venia desarrollándose en esta región.

Si alguna duda hubiera respecto de este particular, bastará para desvanecerla con que los lectores recuerden la situación de ánimo, en que estos días de crisis se han hallado los de la *confusion liberticida*.

La idea de que el Sr. Sagasta tuviera que abandonar la gobernación del Estado, ha terido confusos y cariacontecidos á los mangoneadores perpetuos, como lo demuestran sus explosiones de alegría de al saber su triunfo.

Este cariño hacia el Sr. Sagasta no denota que este hombre público sea mejor ni peor que cualquier otro político, ni que haya prestado mejores servicios al país euskaro, sino que es el último que tiene las riendas del Gobierno, y el último, por lo tanto, á quien los liberticidas han rendido puto homenaje.

«Sabemos, pues, que esa desdichada mascarada de liberticidas no espera su salvación mas que de Sagasta, y temo con justa razón que la caída de este hombre arrastre la muerte del caciquismo.

A muchísimas personas independientes ha llamado la atención que á la masa liberticida que le toca jugar el papel de republicana, olvidándose, sin duda, diga muy claramente que no desea mas que el poder para Sagasta con el decreto de disolución de las Cortes en el bolsillo.

No cabe, pues, dudar; los liberticidas reconocen que acabó para siempre aquel constante ministerialismo. Saben que los jefes de los partidos y fracciones en que se divide la política española, excepción hecha del que nos gobierna, tienen noticias muy suculentas de lo que representa en el país y de los fines que prosigue esa *confusion liberticida* y no debe extrañar, por lo tanto, que esta se agarre á la situación presente como á un clavo arañado.

¡Si al menos, por mera fórmula, hubieran cumplido algo del bello programa que tiene toda union liberal verdad! Pero ahí está para escarnio, la uertera de los ayuntamientos de la provincia. Ahí el triunfo de un oficial de D. Carlos en el mismísimo San Sebastian. Los escándalos del túnel, para amparo de cuyos contratistas parece que se constituyó la *confusion liberticida*.

Y ¿qué proseguir, cuando sabido es que lejos de liberalizar la provincia, han logrado con sus torpezas avivir á los liberales?

«esos hombres han tenido la osadía—porque lo han creído de buena fé, justo es reconocerlo—de decirnos que en una situación contraria habían de seguir en el país siendo los mismos. ¡Destinchados! ¿qué deben hoy sus fuerzas, si no es al apoyo oficial? Esos hombres ignoran, porque no han estado nunca en esa actitud, lo que es la oposición. Ignoran que sin el apoyo del gobierno que les permit: contemtar á sus adepto: y paniguados, éstos les volverán la espalda. Que cuando no puedan proteger obras, ni disponer de los cargos públicos, quejaran en la más espantosa soledad.

«si su influencia fuera origen del cariño entrañable del pueblo vasco, del agradecimiento que á éste merecieron, por sus constantes desvelos, entonces sí que pudieran desafiar seguros de un triunfo perpetuo.»

Pero ya los conoce el pueblo; ya sabe lo que son, y á su vez saben ellos lo que les aguarda el día de su caída.

Aprovechad, pues, liberticidas que vuestro patrono Sagasta cuente con algunos días de poder, porque un día de vida es vida.

UN HALLAZGO.

EL MANGO DE LA SARTEN.

(Fábula.)

«Había en cierto pueblo un *herbolario* que se hacía pasar por todo un sabio, siendo de la comarca el curandero dó llevaba gran fama de *emplastro*. Enriquecido así nuestro *analítico* quiso alcanzar la gloria del político y es en el pueblo público y notorio que reunió un día en el *laboratorio* donde confeccionaba sus *emplastos* cuatro ó seis *cualquierosos* ¡unos trastos! Un escribiente, un sastre, un botellero y tres muchachos hijos de un portero.»

Esto leí ayer al medio día, en un baño de la Zurriola. cerca del cual hallé la cuartilla que contiene el principio de la fábula que llegó á intri-garme.

«Habrá por ahí más papeles? me pregunté, al mismo tiempo que giraba con mi vista una visita de inspección en aquellos alrededores; pero nada, la continuación no parecía.

Sentí en aquellos momentos no ser poeta, para completar lo que á la fábula faltaba; pero mis versos son muy malos, no es adulación, y por esto renuncié á continuarla.

Si fuera yo tan listo como *Angelillo* el de Villamelones, aunque fuera en mala prosa, la terminaría; pero llegar á él es materia imposible.

«¿Qué muchacho aquél! Ustedes no lo han conocido, y mas vale así. En Villamelones empezó á despuntar su talento. ¡Pero qué talento! Sabía mas que Benito el de Villazoquetes, que es un puebecillo inmediato á Villamelones.

Por cierto que también allí había un *herbolario* como el de la fábula, y tal vez mejor, porque en lo de los *emplastos*, pocos como él.

Figúrense ustedes un señor muy populachero y muy liberalote, fundador de un órgano parroquial, que llevaba la voz armoniosamente entre los fieles, pero que un día se le ocurre desahregliario, para trasladarlo á otra iglesia nueva en el pueblo y fundada por los enemigos irreconciliables del *herbolario*. El organista, que era un ríojano de malas pulgas, notó que el instrumento cambió de tono y lo mandó á paseo.

«Siento la marcha de ese hombre,—dicen que decía el *herbolario* llorando á lágrima viva, lágrima que se encargó de secarla José, que era uno de los de la cofradía que se había vendido á los enemigos.

En fin que el tal *herbolario*, está hoy á matar con el antiguo organista, porque éste ha montado un instrumento que suena mejor y que lo escuchan con más atención los cofrades.

Angelillo el de Villamelones, que como sabe todo, entiende de música que es un primor, es ahora el organista del *herbolario*.

«Y cómo man:ja el teclado! Benito meneaba los fuelles, el *herbolario* lleva el compás y José hace los trémolos y los truenos, detrás de la cortina.

Cuando ejecuta *Angelillo* con furia, se escapa el aire del instrumento, porque los fuelles se hallan muy gastados y el organista entonces *babea*, manchando todo el teclado. El no para más en esto y sigue *babeando*: en fin, según escriben del pueblo le han puesto el mote de *baboso*.

José ha encargado á la *fábrica* de un tío suyo, algunos pañuelos de lirbas para limpiar al muchacho.

Hace un año, abrióse en el pueblo una nueva iglesia de otra cofradía, la cual estrenó un órgano brillante

Angelillo no pudo tolerar esto, y pretende que nada hay como el suyo, que ha quedado reducido á simple acordeón.

«¡Limpitel le dicen los otros. Y el puebecillo no lo entiende y continúa *babeando*...»

Los cofrades halláanse mal humorados, porque las sinfonías no resultan.

Y no es extraño que no resulten.

Angelillo llegó á organista como pudo haber llegado á *modist*.

Amigo mío de la infancia, sé cómo adquirió los primeros rudimentos musicales.

El chico hacía recados y llevaba confecciones de modista á domicilio. En esta disposición lo cogió el bajo de la iglesia mayor del pueblo, quien le enseñó el solfeo.

Después tuvo otros maestros, y hasta del mismo *San Miguel* Arcangel recibió lecciones de solfeo, aunque tuvo que abandonarlas, porque el joven quería otra *música*. y no se la quisieron dar.

Fuó muy desgraciado en sus mocedades, y hasta estuvo al borde del suicidio.

«Po-bre-chi col En fin, que le tiraba la iglesia, desde que fué *acólito*, y se decidió por ser organista, con intermitencias de *chulo* desp: estigiado.

Hasta consiguio subir una verdadera pasión; pero al fin metió la cabeza en un órgano, que como era bueno sonaba bien, y el chico se creyó que esto era debido á su talento.

Dejó aquel órgano, para trasladarse al del *herbolario*, y á los pocos días se declaraba enemigo de aquél y *quitao*.

Al paso que va, pronto se dedicará á los órganos callejeros.

«Pobrecillo! Pero ahora que recuerdo ¿á ustedes qué les importa todo esto? Allá se las compongan en el pueblo, que bastante tenemos nosotros aquí con los liberticidas, los *Lópezos* y demás calam dades públicas.

Qu: dan quince y raya á las cofradías de Villamelones.

CAMILO VIDAL.

EL Explorador Stanley.

SU VIAJE AL AFRICA CENTRAL.

XXV

(Conclusion.)

En una de sus últimas cartas, hace observar Stanley que por este fenómeno se explica el error que padeció Sir Samuel Backer, el célebre viajero que fué el primero que descubrió el lago, al sostener en su obra titulada *El Alberto Nyanza*, que éste se extendía «indefinidamente» hacia el Sur-ocete.

La expedición atravesó lo ro esp: sos bosques de acacias que cubrían el valle, á guisa de la ori-